

El indio cubano de la Ciénaga de Zapata*

Luis MONTANÉ

Catedrático de Antropología de la Universidad Nacional

Digitalización: Odlanyer Hernández de Lara

En el año de 1913, fecha memorable en los anales de la Ciencia Cubana, tuvo efecto el descubrimiento de un Cementerio Cubano precolombino no desflorado por el arado, y libre al parecer, de las fechorías de los cavadores de todas clase.

Para mí, en este momento, se realizaba un ensueño acariciado desde los primeros días de mi llegada a este país (1874): ¿adónde encontrar los restos de los indios desaparecidos?, me preguntaba: ¿Cuál es el signo exterior de sus sepulturas? y en un capítulo¹, que forma parte de una serie de impresiones de viaje por la extremidad oriental de la Isla de Cuba, exclamaba yo en Agosto de 1891: “ardo en deseos de encontrar aquellas grutas en las que el hombre ha dejado huella irrecusable de su existencia”.

Lo que persigo, sobre todo con pasión, es el problema de las *sepulturas indias de Cuba*. Esta pesquisa tiene el don de apasionar a los que se entregan a ella; y en el caso presente, esta investigación es tanto más atractiva para mí, cuanto que, Fray Bartolomé de las Casas², que vivió largo tiempo en medio de los indios de Cuba y que, después de todo, es quien mejor ha descrito sus caracteres físicos y sus costumbres, hace la confesión siguiente:

... “acerca de los muertos no supimos más, sino que los enterraban en sepulturas, -creo que en el

monte- apartados de la casa donde morían, por el miedo que había de los fantasmas...”

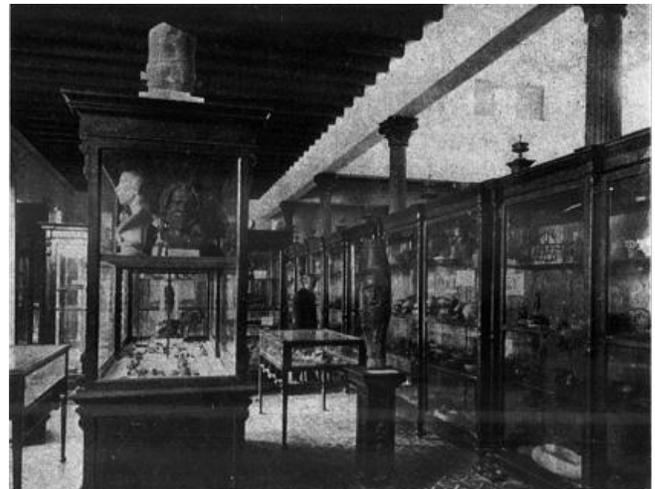


FIG. 1. Vista de una de las salas del Museo de Antropología de la Universidad Nacional (Museo Montané)

Verdad es que Oviedo³ da sobre la sepultura de los reyes y señores de la isla vecina (La Hispaniola) pormenores interesantes; pero que, al fin y al cabo, no se refieren a los hombres particulares; y como escribo en Cuba, me importa mucho tomar mis datos, por restringidos que parezcan, en el mismo país a cuya historia se refieren.

¿Qué se hicieron más tarde de estos muertos? Los historiadores se encierran en un mutismo absoluto a este respecto.

Precisamente fué en esa época (1891) que descubrimos los osarios⁴ (depósitos de huesos) indios en las cuevas que abundan en los farallones

* Nota del Coordinador. Este texto aparece publicado como el capítulo III del libro *Cuatro años en la Ciénaga de Zapata. Memorias de un ingeniero*, de José Antonio Cosculluela (1918), p. 115-146. Se ha respetado la ortografía original.

¹ Dr. Luis Montané “Los Indios de Cuba” (trabajo inédito).

² Historia de las Indias, T. V. Cap. CCIV.

³ Historia de las Indias.

⁴ In loc. cit.

de la costa norte, cerca de Maisí, en la punta de la isla y en la costa sur del extremo oriental.

El año anterior (1890) el Dr. Carlos de la Torre, en una excursión cuyos detalles interesantes pueden leerse en una comunicación notable a la Academia de Ciencias de la Habana⁵ había tenido la buena fortuna de hallar en una cueva de Maisí, próxima a la *Cuesta del Chivo*, un esqueleto casi completo, cuyo cráneo presentaba la deformación caribe.

Pero seguíamos ignorando el modo de sepultura que se daba al indio precolombino, y he aquí, que en fin, nos encontramos delante de una sepultura de origen indio, que podemos estudiar científica, metódicamente, es decir, bajo el triple punto de vista geológico, arqueológico y antropológico.

Vamos, pues, hoy a resolver un problema de etnografía y de etnología comparadas, empresa delicada sin duda, pero al fin y al cabo realizable, gracias al auxilio poderoso de las ciencias antropológicas.

Los Kjoekkenmoeddings de la América del Norte

Ante todo, y para más amplia ilustración del asunto, recordemos que el hombre ha vivido en América durante largos períodos de tiempo, quizás desde fines del “terciario”, ciertamente durante todo el “cuaternario”.

Vida miserable, errante, consagrada sobre todo a una sola cosa: luchar contra la muerte; y cuya vida semejante sólo pueden presentar los más groseros salvajes actuales, y así debieron correr siglos y siglos, sin que hasta ahora los restos de la vida de esos prehistóricos, hayan suministrado, como en Europa, indicaciones precisas sobre su evolución biológica⁶.

Sin embargo, el estado social de esos miserables primitivos tuvo que mejorar poco a poco. Se hicieron sedentarios, su industria se perfeccionó; y es probablemente de ese período (que correspondería con los tiempos neolíticos de Europa) que datan los restos múltiples abandonados por los prehistóricos americanos en los *Kjoekkenmo-*

eddings, restos de cocina, shell mounds, sambaquies, montones de caracoles y paraderos.

Es evidente que, en esas circunstancias, una tribu que se alimentaba principalmente de moluscos no debía tratar de establecerse en el interior. Muy frecuente, en efecto, en las dos Américas, más bien a lo largo del litoral marítimo -a orillas de los dos océanos- a veces en las islas como en Terra-Nova, esos grandes montones de conchas, son a menudo considerables.

Lenta aglomeración de los despojos de todo género de detritus, de restos de la vida cotidiana, están casi exclusivamente formados de conchas que constituían la base de su alimentación.

Mezclados sin orden, en medio de estas conchas, se encuentran fragmentos de carbón, de huesos de animales, de hachas de piedra, de puntas o flechas de sílex, utensilios de hueso, etc. A veces los muertos han sido inhumados debajo de los propios hogares y los descendientes han seguido viviendo sobre estas tumbas improvisadas, acumulando sus despojos sobre los de sus antepasados⁷.

Existe, pues, sobre el suelo del Nuevo Mundo huellas múltiples de la presencia del hombre en una época muy remota sin duda; pero en que la fauna era de todo punto análoga a la fauna actual.

Es a esa categoría a que pertenecen los innumerables montones de caracoles análogos a los *Kjoekkenmoeddings* de Europa, que se encuentran en toda la América y que son conocidos bajo el nombre de *Shell heaps* en la América del Norte.

Esos montones no son sincrónicos: algunos como los de la Florida, parecen recientes; otros, por el contrario, como los de las islas Aleutianas, son bastantes antiguos.

Los que se encuentran en los Estados Unidos datan de la misma época que las construcciones conocidas con el nombre de *Mounds* (terraplenes).

Esos montones abundan particularmente en las islas Aleutianas. Han sido cuidadosamente estudiados por el Profesor W. Dall, quien ha reconocido que comprendían tres capas, las cuales encerraban objetos de tipo industrial diferentes.

La capa inferior está compuesta exclusivamente de caracoles todos, y de agujas de una especie

⁵ Sesión del 28 de Octubre de 1890.

⁶ M. L. Capitán.

⁷ In loc. cit.

de erizos con los cuales se encuentran mezclados algunos restos de moluscos comestibles.

Por encima de esta capa, viene otra formada de espinas de pescado con algunos huesos de aves.

La tercera capa está compuesta de huesos de mamíferos marinos y de aves marinas.

Los objetos varían igualmente según los niveles. En la capa más profunda se ha descubierto un pequeño *martillo de piedra* (percutidor); las extremidades ligeramente golpeadas indican que el instrumento ha servido muy probablemente a romper el carapacho de los erizos.

La capa que encierra las espinas de pescado han suministrado objetos de piedra más numerosos todavía. La industria de la capa superficial (raspadores de piedra, agujas de hueso, hachas de piedra, objetos de madera, huesos y piedras esculpidos) dan que pensar que el amontonamiento fué producido por los Aleutianos, habitantes actuales de la región.

La edad de estos montones de caracoles es difícil de determinar. Dall suponía que la formación de la capa inferior (la de los erizos) podía haber necesitado mil años; y que podía calcularse en 1500 a 2000 años la acumulación de las dos capas superiores.

Las investigaciones no han suministrado ninguna pieza osteológica que permita determinar a qué raza pertenecían los constructores de los monumentos. Los *Kjoekkenmoeddings* abundan lo mismo sobre la costa del Atlántico que sobre la del Pacífico.

Los Estados Meridionales (Carolina, Georgia) presentan un sinnúmero de esos montecillos divididos por los arqueólogos americanos⁸ en dos clases: 1- Montones considerados como *sepulturas* (burial Shell-mounds); 2- Montones de desperdicios (refuse shell-heaps).

Los primeros abundan en todas las islas de la costa; uno de esos montecillos, el de la isla *Stalling*, en Savannah, presenta una forma elíptica, compuesto de conchas de ostras, de almejas, y de ampurias (babosas), conteniendo también *huesos humanos*. Los montones de caracoles de la Florida presentan una gran semejanza con los precedentes.



FIG. 2. Sala del Museo de Antropología de la Universidad Nacional (Museo Montané)

Todo, en el examen de esas masas de caracoles parece probar que fueron acumulados por los mismos indios, que los Europeos encontraron poseedores del suelo cuando descubrieron el continente americano; ni las osamentas, ni la industria que los acompaña, indican ninguna raza extranjera.

Existen montones análogos en la *Columbia Británica*⁹ y especialmente en la isla de Vancouver. De esos montículos los unos se componen de arena marina, de fango negro y de caracoles; los otros únicamente de caracoles. En medio de ellos se han encontrado martillos (percutidores) y otros objetos de piedra. Es probable, que esos montecillos de arena y de caracoles han servido de sepultura; pues se encuentran allí algunos esqueletos.

Montones de restos de toda clase se encuentran en toda la costa del Pacífico hasta México. Los objetos exhumados son muy parecidos a los de los *túmulos* de la *Colombia Británica*; sin embargo, hay que señalar la abundancia creciente de los morteros en los montones a medida que se va hacia la California, lo que indica el uso más y más grande, -en la alimentación,- de los cereales y otros granos.

En California el número de los montones de caracoles es considerable, y esas colinas artificiales alcanzan a veces, una gran extensión. No se encuentra allí ningún esqueleto...

⁸ C. C. Jones.

⁹ Cyrus Thomas. I. 2.

¿Qué deducción podemos sacar de estos datos arqueológicos?

Es que, existían entonces, poblaciones primitivas, cuyas costumbres presentaban la más grande analogía con las de los salvajes actuales.

Examínese, en efecto, un campamento abandonado por estos últimos, después de una larga permanencia; y se encontrarán allí restos, del todo parecidos a los que acabamos de señalar. De modo que, faltamente, estamos inclinado a esta conclusión: que los hombres que han dejado los montones de conchas como huella de su paso en América, son los antepasados, -quizás lejanos,- pero seguramente poco diferenciados de muchos de los salvajes actuales. -(Capitán).

Suficientemente ilustrado este punto de prehistoria, pasemos a otro orden de ideas no menos interesante, y más directamente relacionado con nuestro asunto.

II. Los mounds de la América del Norte

“La historia de los pueblos debe buscarse en los *túmulos* -ha dicho Tucídides. La sepultura ha sido, efectivamente, en todo tiempo y para todos los hombres, una preocupación constante, basada en el sentimiento religioso, en la idea de que todo no acaba con la vida que tan rápidamente huye delante de nosotros.

Esos temores, esas esperanzas, las encontramos desde los primeros momentos de la aparición del hombre sobre la tierra.

En toda Europa, y podríamos agregar en el mundo entero, en todas parte donde no hayan sido destruidos por el arado o por el martillo, encontramos monumentos funerarios prehistóricos. El mundo entero está sembrado de esos túmulos de que habla el escritor antiguo.

Pues bien; entre los pueblos primitivos de la América del Norte, algunos de ellos eran admirables terrapleneros¹⁰ cuya obra, original por su especialización extrema, constituye un hecho histórico notable. Esos mounds-builders (constructores de terraplenes) levantaron un gran número de montículos artificiales, a menudo muy altos, presentando a veces las formas más extrañas, eran eminencias cónicas, terraplenes alarga-

dos, o más bien circulares, triangulares; otras veces afectaban formas de animales gigantescos.

Estos mounds son de construcción variable; unas veces simples amontonamientos de tierras, de piedra de altares; otras veces verdaderas sepulturas con cámaras sepulcrales.

Ellos han suministrado interesantes documentos indicando que la cultura de los *Mounds builders* era notablemente más avanzada que la de los habitantes de los *Kjoekkenmoeddings*.

Es inmensa el área sobre la cual están esparcidos los túmulos conocidos generalmente bajo la apelación inglesa de “Mounds”¹¹.

Se extiende desde la Red River al Norte, hasta el Golfo de México al Sur, y está limitada al Oeste por el Mississippi, y al Este por el Océano Atlántico. Fuera de esos límites los Mounds son muy raros.

Algunas regiones de los Estados Unidos son particularmente ricas en Mounds, como: la parte central y occidental de New York; el Este y Sur de Michigan; los bordes del Mississippi; el centro y Oeste del estado de Ohio y parte adyacente del Indiana; el centro y Oeste del Kentucky; el Este de Tennessee; el rincón S.E. de la Carolina del Norte; el rincón N.E. de la Georgia.

Todos esos túmulos no son iguales en su forma: por el contrario, presentan una gran variedad de tipos.

Cyrus los reúne bajo cuatro epígrafes:

- 1- Mounds Funerarios.
- 2- Cercados térreos y mounds en forma de pirámides.
- 3- Círculos de cabañas (chozas).
- 4- Mounds effigies.

La mayor parte de los mounds funerarios forman montones de tierras troncólicas, a veces alargados.

Exteriormente, su aspecto es poco variado; por el contrario, su arreglo interior difiere mucho según las localidades.

En el N.O. (Illinois, Iowa) se encuentra el tipo de inhumación más sencillo; los cuerpos estaban depositados en una excavación poco profunda, cubiertos de una capa de arcilla blanda: esta capa de arcilla que se encuentra hoy endurecida, estaba cubierta por un montículo de tierra.

¹⁰ M. de Nadaillac. 1. 2. 3. 4.

¹¹ H. Benchat.

Hay que saber, -sin embargo,- que las sepulturas colectivas abundan extraordinariamente en los mounds del Norte.

En el Tennesse se han encontrado sepulturas en forma irradiante; en el centro está colocada una jarra grande de barro.

Existen dos o tres tipos de mounds funerarios: el uno lo componen túmulos enteramente formados de tierra; es frecuente en el N.E. del Mississippi; el otro presenta túmulos formados de tierra mezclada con piedra o únicamente formados de piedras.

Como se ve, el arreglo interior de los mounds funerarios presenta grandes diferencias.

Al exterior, ellos difieren por sus dimensiones, y su elevación. Algunos de esos mounds se distinguen apenas del suelo que los rodea, mientras que otros tienen 25 ó 30 metros de alto. La mayor parte de ellos tienen un plano circular; sin embargo, algunos presentan un contorno elíptico piriforme. Los mounds funerarios constituyen la clase más numerosa de túmulos de la América del Norte.

Digamos, para terminar con esas nociones preliminares de los mounds de la América del Norte, que encierran objetos de piedra toscamente tallados, al lado de instrumentos de piedra pulimentada, objetos de metal, cerámica variada, caracoles, conchas fluviales y marítimas, huesos de animales.

Los restos humanos, presentan ciertas particularidades anatómicas que se repiten en todos los mounds en general; cráneo corto (braquicéfalo); tibia plactínémica; húmero perforado; fémur en columnita.

Y desde ahora, podríamos pasar a la descripción de las sepulturas indias del cayo de “Guayabo Blanco”, si no tuviera a la vista dos notas que se refieren a mounds de la Florida y de Venezuela, y cuya descripción proyecta una luz vivísima sobre el hallazgo cubano.

La primera nota nos la suministra Clarens Moore, quien describe en una monografía de las más interesantes un mound situado en Tick Island (Condado de Valusia, 1891).

Tiene 142 metros de circunferencia, y 5 metros de alto. Este mound descansa sobre una capa de conchas fluviales y terrestres, de gran tamaño; y está compuesto de una serie de capas, las unas de

arena, las otras de tierra negra, capas que varían de un metro a un metro cincuenta de espesor; más de 100 esqueletos han sido inhumados en ese túmulo. Los cráneos son pequeños, braquicéfalos, los dientes sanos, pero usados hasta la corona, lo que demuestra que sus poseedores tenían evidentemente la costumbre de alimentarse con sustancias duras.

Sobre 229 húmeros, 95, es decir el 42%, presentan la perforación especial ya indicada. En fin, Moore ha recogido gran número de fragmentos de cerámica tallados en forma de triángulo, de modo que imitan puntas de flecha.

La segunda y última nota se debe al Dr. M. Marcano, quien nos describe los túmulos de cerritos que ocupan en una gran extensión la zona ribereña del lago Valencia entre Magdalena y Turmero.

Esos cerritos, unos pequeños de 10 metros de diámetro, otros pasados de 300 metros son túmulos o lugares de sepultura que encierran los restos de tribus completamente destruídas durante la conquista española.

Esos túmulos descansan sobre un terreno arcilloso: su superficie está cubierta de tierra vegetal. El centro de la construcción está formado por una tierra negra, tenue, pulverulenta, y parece haber sido llevada allí, pues la base firme es de arcilla amarilla. Contiene restos de caimanes; aves acuáticas; monos; conchas marinas; fluviales y terrestres.

Los cráneos braquicéfalos, con cara ancha y leptorinos, es decir, de nariz prominente. Las mandíbulas, presentan una sínfisis muy alta, y las ramas verticales son largas y anchas. Húmeros perforados; tibias plactinémicas.

Como característica de la industria de los cerritos de Venezuela, se nota un gran número de piedras más o menos esféricas. Se podría creer, que esos percutores presentan su forma primitiva; pero todos los intermediarios que vemos mezclados con ellos nos revelan de un modo cierto el trabajo progresivo, gradual, al cual han sido sometidos.

Efectivamente, se ven piedras rotas y entonces el instrumento se hace contundente por una serie de modificaciones voluntarias que es fácil percibir sobre las piezas que presentan fragmentos recientemente fracturados; en otros, que princi-

pian a redondearse, porque han sido empleados como percutidores, las aristas desaparecen, los bordes se regularizan; las facetas se confunden y en fin, la piedra se hace esférica. —(Dr. Marcano).

Además de los percutidores existen en este cerrito otros instrumentos contundentes; trituradores; pilones; bruñidores y piedras de honda...

III. El mound cubano del Cayo de Guayabo Blanco (Cuba)

Volvamos, en fin, al Caney de Muertos de la Ciénaga de Zapata, después de haber recorrido un camino largo quizás, pero que, al fin y al cabo, juzgamos como más propicio para seguir la descripción que vamos a emprender, sentir todo su alcance científico y adquirir la convicción plena y entera que se trata de una obra humana y genuinamente india-cubana.

¿Cómo se hizo el descubrimiento del mound funerario cubano de la Ciénaga de Zapata? He aquí cómo lo refiere nuestro ilustrado entusiasta colaborador D. F. Ortiz en un artículo publicado en la Revista “Cuba y América” en Noviembre de 1913.

Los caneyes de muertos

El año 1913 quedará en la historia de la ciencia cubana como una fecha memorable, por haber tenido efecto el descubrimiento del primer cementerio cubano precolombino.

Hasta ahora los descubrimientos de restos indios se habían verificado principalmente en los farallones de Maisí y en la sierra de Sancti Spíritus, consistentes en osarios o acumulaciones de huesos de diversos individuos, en cavernas o concavidades de la roca.

El descubrimiento del yacimiento de esqueletos de indios enterrados en “Guayabo Blanco” viene a marcar una nueva era para la antropología cubana, ofreciendo a los estudiosos un campo vastísimo de observaciones acaso transcendentales.

¿Cómo se hizo el descubrimiento? ¿En qué consiste? ¿Cuál es su significación antropológica y etnográfica? ¿Cuál es su importancia? He aquí las interrogaciones a que procuraremos dar respuesta en este escrito.

Como se hizo el descubrimiento

Ya han hablado de él los periódicos diarios, aunque no tanto como la importancia del descubrimiento lo amerita. Por esto y para precisar datos y noticias en este trabajo sistemático, importa reseñar de nuevo lo sucedido, aunque a trueque de repetir algunos particulares ya conocidos.

El mérito del descubrimiento corresponde de lleno a un joven y muy culto ingeniero cubano, al señor José Antonio Cosculluela. Este compatriota nuestro dirige sobre el terreno la importante tarea gubernativa de deslindar los pantanosos terrenos de la Ciénaga de Zapata. Desde hace meses, con un fervor desusado en trabajos públicos y arrojando las inclemencias del ambiente adverso, Cosculluela, al frente de un grupo de cubanos jóvenes y animosos, viene realizando esa importante obra técnica. Pero, como si su labor no fuese bastante para absorber todas sus energías, Cosculluela sabe cumplir un compromiso, generosamente contraído con su amigo que estas líneas escribe, cual es el de recoger cuidadosamente en sus excursiones al través de esa parte inexplorada de nuestra tierra, el tesoro de tradiciones, leyendas y costumbres que permanecen semiocultas en las capas inferiores de nuestra población guajira, esperando una pluma que les dé forma y gala para poder engrosar, si no nuestra patria literatura, sí, al menos, nuestro *folk-lore* nacional. Los datos *folk-lóricos* ya recogidos son abundantes y ricos de poesía y darán tema para un libro, que esperamos escribir, en colaboración con Cosculluela, para el año próximo.

Pero, he aquí, que lo que fué en un principio mera afición amorosa por las cosas de nuestro pueblo, llega a cristalizar en un importante descubrimiento para la ciencia cubana.

Cosculluela, en una de sus conversaciones con uno de los viejos cienegueros, depositarios de los misterios de la Ciénaga, hubo de oír una narración, que si podía ser fruto de la fantasía, se presentaba con muchos caracteres de verosimilitud.

En la finca *Cocodrilos* que el Sr. Ambrosio Hernández posee al Norte de la Ciénaga Oriental de Zapata, barrio de Carreño, municipio de Cienfuegos, nació y vive sin haber salido de ella, el Sr. José Caro, hombre de setenta años, muy conocedor de aquella comarca. Y el Sr. Caro hubo de

contarle a Cosculluela cómo en su familia, desde sus bisabuelos, se conservaba por tradición el conocimiento de la existencia de un *caney de muertos* o cementerio de indios en el cayo “Guayabo Blanco”, situado en la costanera de la Ciénaga.

El Sr. Caro dijo que conocía el lugar del *caney de muertos* por habérselo enseñado su padre, que hubo de descubrirlo, merced a las siguientes circunstancias:

El padre del señor Caro tenía hace unos 30 años una cría de puercos en la costanera de la finca *Cocodrilos*, la cual crecía a pesar de las deserciones de puercos que en la seca se internaban en la ciénaga y se hacían cimarrones, y de los reiterados ataques de los perros jíbaros, que por aquella época abundaban en aquellos sitios, atravesando la ciénaga durante los meses de seca y haciendo presa en las crías de los pobres guajiros.

Tan dañinas resultaban estas incursiones de los perros jíbaros, que el padre del señor Caro, con varios parientes y vecinos, acordó organizar una batida general contra los perros, dándoles muerte o apresándolos por medio de trampas.

Y para cavar y montar una de esas trampas, escogieron un montículo, que los guajiros llaman *lometón*, de unos dos metros de altura, situado en el centro del cayo Guayabo Blanco, guarida principal de la jauría depredadora.

Apenas comenzaron la excavación para construir la trampa, encontraron con asombro gran cantidad de caracoles y huesos de jutía, y, después, con mayor asombro, huesos humanos y un gran *ladrillo* (así dice el señor Caro).

Este *ladrillo*, como de cuarenta centímetros, tenía varias inscripciones que no supieron descifrar los guajiros descubridores, y remataba por uno de sus extremos con una figura que semejaba la cabeza de una iguana. Este *ladrillo* se ha perdido para la arqueología cubana. El señor Caro lo enterró de nuevo en el mismo *lometón*, y aunque sobre el terreno hemos intentado posteriormente que él precisara el lugar en que lo ocultó, no ha podido precisarlo, sin duda por el tiempo transcurrido, que ha nublado su memoria.

Los cráneos y demás huesos encontrados por los guajiros, causaron en estos tal terror que corrieron a consultar lo ocurrido con el anciano bisabuelo, y éste les dijo que sin dudas ése era el

caney de muertos, que él repetidas veces les había contado que allí existía por obra de los indios, y aconsejóles que enterrasen de nuevo aquellos huesos humanos, porque *perturbar el descanso de los muertos, podía traerles desgracia*.



FIG. 3. Excavación en el Mound de “Guayabo Blanco”

Cosculluela quiso averiguar si la historia del guajiro era verídica y le rogó al señor Caro que le sirviese como práctico para ir al *lometón* de Guayabo Blanco y descubrir el *caney de muertos*. Negóse al principio el campesino, prestándose más tarde solamente a indicar el lugar, si bien rogando que no se cavase en él porque ello podría acarrearle alguna desgracia a él y a los que tal hicieran. Tranquilizado el guajiro, con el señor Cosculluela se trasladó al *lometón* del cayo “Guayabo Blanco”.

Este cayo, “Guayabo Blanco”, está en la Ciénaga Oriental de Zapata, en la costanera de la finca *Cocodrilos*, rodeado por el agua de la ciénaga y del río *El Pesquero*. Tiene unas veinticinco caballerías de terreno alto y mucha vegetación de belleza tropical.

Hasta hace tres años, era de monte virgen, abundante en jiquís, jocumas, júcaros, caobas, etc. desde entonces ha sido desmontado y sembrado de caña.

En la parte del S.O. del cayo se encuentra un montículo de base circular de unos veinte metros de radio. Este montículo es el *lometón* de la historia de la familia Caro.

Sobre el *lometón* crece la caña de azúcar de tal modo vigorosa, que a simple vista se observa la

extraordinaria feracidad en relación a la otra caña sembrada en la parte llana, fuera del *lometón*. Esto, sin duda, se debe a la condición especial del terreno del montículo formado por los restos orgánicos y por tierra vegetal acumulada artificialmente en aquel terreno sobre la capa arcillosa que constituye la superficie plana normal en todo el contorno.

El montículo tiene cerca de dos metros de espesor, desde la superficie hasta la referida capa de tierra arcillosa, y por lo ya dicho, es obra humana.

Se supo entonces que, hace años, unos carboneros, necesitando tierra para sus trabajos, hicieron excavaciones que aun se observan en el montículo, extrayendo una porción de restos humanos que enterraron de nuevo en el propio sitio, sin dar importancia al hallazgo. Esto explicaba el por qué de ciertas excavaciones que se notaron en el montículo, como atestiguó el señor Lage, dueño de la colonia de caña, cuyo amable carácter y caballerosidad (a la que corresponde el vecindario dándole el título de *Marqués de Guayabo Blanco*), hizo fáciles las investigaciones.

Coscolluela escogió un lugar para hacer la prueba de lo informado por el Sr. Caro, y a poco estaba realizada la comprobación. La leyenda del Sr. Caro era una historia verídica.

A sesenta centímetros del suelo encontré una capa de caracoles en gran cantidad y después *guamos*, huesos de jutías y, en fin, osamentas humanas orientadas todas con la cabeza al Este y los pies al Oeste. Algunas piedras y objetos se encontraron también de importancia antropológica.

La primera excursión no puso ir más allá en sus tareas. Coscolluela había realizado un descubrimiento importante, y con una caja de los restos encontrados regresó a la Habana.

Avisado el que suscribe por Coscolluela y notificada la Secretaría de Obras Públicas del descubrimiento, se organizó una segunda excursión privada para obtener una mayor constancia de que, positivamente, el *lometón* era un enterramiento indio, ya que lo excepcional del descubrimiento hizo que la incredulidad acogiera en algunos centros la noticia del mismo.

El día 18 de Octubre nos constituimos en el ingenio *Covadonga*, el Dr. Luis Montané, fervoroso profesor de Antropología de la Universidad

Nacional, a quien se deben muchos anteriores importantes descubrimientos antropológicos en Cuba, y el que de este éxito científico se hace cronista y comentarista. Allí nos esperaban Coscolluela, con su grupo de ingenieros y trabajadores; el ingeniero Sr. José Primelles, cultísimo Jefe de la Comisión Oficial de Deslinde de la Ciénaga de Zapata deseoso de participar de las emociones de un descubrimiento científico; el Sr. José Caro, orgulloso por haber dado motivo a que se agitase por él *tanta gente de la Habana*; el Sr. Alejo Carreño, ingeniero, condueño del central Covadonga, cuya entusiasta cooperación y simpática acogida fue tan provechosa como inesperada; el popular *Marqués de Guayabo Blanco*, varios guajiros y otras personas.

Al día siguiente, 19 de Octubre, partimos todos para el cayo Guayabo Blanco, en una locomotora facilitada por el Sr. Carreño. Trabajamos toda la mañana haciendo excavaciones en distintos lugares.

Hicimos un corte vertical al *lometón* para determinar, como se dirá, su curiosa formación interna, y recogimos gran cantidad de caracoles, piedras labradas, huesos de animales y huesos humanos. Nuestro más vivo deseo era descubrir algún cráneo, y tuvimos la dicha de encontrar varios, si bien incompletos o rotos. Sólo uno llegó a nuestras manos entero. ¡Cuánta emoción al descubrir el cráneo! Temerosos de romperlo, se abandonaron las palas y se escarbó con las manos. Pronto pudimos observar que el cráneo presentaba hacia arriba el occipital. Este cuerpo humano fué enterrado boca abajo, orientado asimismo de Este a Oeste. Poco a poco fueron surgiendo a la luz los temporales, y ¡al fin! el cráneo entero, con el maxilar inferior, estaba en nuestras manos.

Teníamos en nuestro poder, *cara a cara*, el único cráneo normal de indio cubano! Esta condición de normal lo hacía doblemente precioso: era un cráneo normal, libre de aplastamiento frontal propio de los indios hasta ahora estudiados en Cuba. Este hallazgo, así como las observaciones hechas y los caracoles, piedras y osamentas recogidas, recompensaban las fatigas de la expedición”.

Dada la importancia que el primer descubrimiento tiene, el señor José Primelles, primer In-

geniero de la Zona de la Ciénaga, ha pasado ayer al coronel Villalón, Secretario de Obras Públicas, la siguiente e importante comunicación que transcribimos:

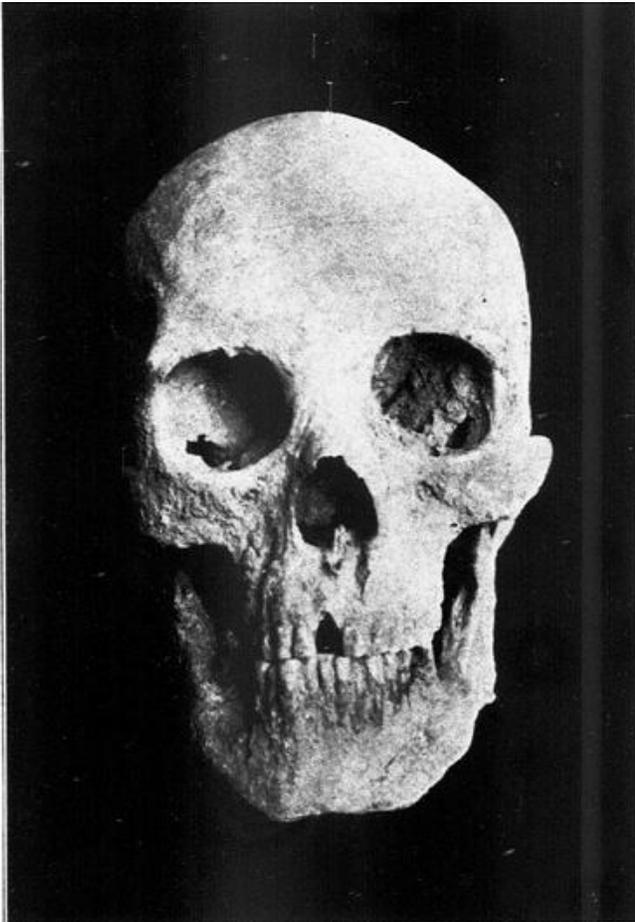


FIG. 4. Cráneo orientado del Indio de Zapata

Sr. José R. Villalón,
Secretaría de Obras Públicas

Muy señor mío:

Como complemento al informe del Ingeniero señor Cosculluela referente al descubrimiento de una cementerio indio, que tuvo el honor de trasladar a usted con fecha 15 del corriente, me complace en informarle que el día 18 visitamos el cementerio, estando presentes los doctores Luis Montané y Fernando Ortiz, Catedráticos de la Universidad, el último en su carácter también de Secretario de la Compañía Concesionaria “Zapata Land Co.”, que sufragó todos los gastos de las operaciones que se practicaron.

Estas comprobaciones que se trata efectivamente de un cementerio indio, que los citados doctores aseguran tiene mucho valor por ser el primero que se ha encontrado en Cuba, y ha de servir de base para los estudios de la antropología cubana.

Se han sacado fotografías del lugar, y de una sección vertical del cementerio, que demuestra la composición de las distintas capas artificiales que forma su construcción.

También se han recogido y traído a la Habana por el doctor Ortiz muestras de osamentas, piedras, conchas que allí se encontraron, las que entiendo serán dedicadas a la Universidad en nombre de la Compañía Concesionaria.

Pongo a su disposición una caja que contiene el cráneo más perfecto que se pudo encontrar ese día, que el doctor Montané me asegura que es de inestimable valor para sus estudios antropológicos.

El mérito de este descubrimiento indudablemente corresponde al señor Cosculluela, Ingeniero Jefe Segundo de esta Comisión, cuyo celo, actividad y trabajo personal merece ser especialmente reconocido.

También debo mencionar el interés demostrado por el señor Alejo Carreño, codueño del Central “Covadonga”, en una de cuyas colonias está situado el cementerio, que puso gratuitamente a nuestra disposición toda clase de facilidades y medios de transporte para la más eficaz organización de los trabajos preliminares que se llevaron a cabo.

Dejo a los señores catedráticos citados el exponer al Gobierno la utilidad de poder contar con un crédito que permitiera la continuación de las investigaciones iniciadas, que, a mi juicio, serían muy conveniente que se concedieran.

De usted atentamente,
José Primelles

La estructura especial del Caney; el corte peculiar de las capas artificiales que constituyen dicho montículo; los huesos humanos extraídos a nuestra vista, nos sugirieron forzosamente la idea que estábamos en presencia de una sepultura, y que esa lomita era obra humana; obra humana original, por cierto, pues su aspecto se alejaba de todo lo conocido hasta hoy, entre nosotros.

En presencia de la opinión pública algo impresionada por la publicación del hallazgo del Sr. J. A. Cosculluela, y del interés creciente que se va despertando en el público por ese género de estudios, el Gobierno bien pronto intervino en el asunto, espontáneamente, generosamente; y en Consejo de Secretarios (Noviembre de 1913) fué presentado y unánimemente acertado el decreto siguiente:

REPÚBLICA DE CUBA

Decreto Núm...

Habana, Noviembre 7 de 1913.

En ocasión de practicarse ciertos trabajos de deslindes de terrenos en la Ciénaga de Zapata, se han encontrado huesos humanos en condiciones tales que parecen indicar la existencia de un cementerio indígena; y siendo escasísimos los restos de la raza primitiva descubiertos hasta el día y tan necesario para el esclarecimiento de los problemas relativos a la antropología cubana, este Gobierno cree conveniente facilitar los medios necesarios para que sobre el sitio mismo del descubrimiento se realicen los trabajos e investigaciones de carácter científico que se consideren oportunos.

En su consecuencia, en uso de las facultades que me están conferidas y a propuesta del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes

RESUELVO:

Primero: Crear una Comisión científica que proceda a practicar cuantos trabajos e investigaciones crea pertinente al objeto indicado, trasladándose, para ello, al lugar del descubrimiento en la Ciénaga de Zapata.

Segundo: Nombrar a los Sres. Dres. Carlos de la Torre, Luis Montané y Fernando Ortiz, Catedráticos de la Universidad de la Habana, y Sres. José Primelles y José Antonio Cosculluela, Ingenieros del Departamento de Obras Públicas, para que formen la Comisión científica citada, quienes deberán reunirse para elegir entre sus miembros un Presidente y un Secretario.

Tercero: Disponer que los objetos que se obtengan por los trabajos que ha de practicar la Co-

misión, pasen a formar parte del Museo de Antropología de la Universidad de la Habana.

Cuarto: Conceder un crédito de mil pesos (\$1,000.00) con cargo a los sobrantes de la consignación del "Personal Facultativo de la Universidad" del Presupuesto vigente, a fin de que la Comisión nombrada por este Decreto pueda sufragar todos los gastos que le originen la ejecución de este encargo.

Ezequiel García

Secretario de Instrucción Pública

M. S. Menocal

Presidente

Así es, como el 16 de Enero de 1914, tres meses después de la primera visita, y en nombre de la Comisión Científica que tenía el honor de presidir, me constituí en el cayo de Guayabo Blanco, en el lugar conocido por el "Lometón del Cedro", o séase el *Caney de muertos*¹².

Mi primera impresión fué de dolorosa sorpresa, pues en poco tiempo el montículo había perdido casi su aspecto concocado, -una tercera parte de lo que quedaba había sido cavado,- revuelto, sin orden, lastimosamente destruído; y es que habrá que apresurarse en explorar los mounds todavía intactos de Cuba; pues cada día están llamados a desaparecer por el inexorable cultivo de las tierras, o por obra de los exploradores improvisados, más preocupados de su interés personal que del progreso científico.

El mound funerario cubano, que vamos a describir, no es ciertamente el primero descubierto.

Ya por los años de 1847 D. Miguel Rodríguez Ferrer¹³ tenía noticias de las sepulturas indias cubanas. Efectivamente, en las memorias de la Sociedad Económica de la Habana, en el año 1843¹⁴ se pudo leer una carta de Puerto Príncipe, en la que se da cuenta que en la costa Sur de Camagüey, inmediata a la bahía de Santa María Casimba, existen varios *caneyes* (especies de sepul-

¹² Teniendo esta vez como único compañero de excursión al señor Víctor Rodríguez, ayudante de Zoología de nuestra Universidad, que bondadosamente se había prestado a sustituir al doctor Carlos de la Torre.

¹³ Naturaleza y civilización de Cuba.

¹⁴ T. XVII, pág. 457.

ros) de forma cónica, bastante achatada, vista de perfil.



FIG. 5. Excavación en “Guayabo Blanco” en busca de restos indios

El 23 de Junio de 1847 el Sr. P. Santacilia, de Camagüey, escribió a D. Miguel Rodríguez Ferrer¹⁵: “El cementerio indio que hablé a usted, se halla sobre la costa Sur, y parece haber sido reconocido por cierto señor de aquella ciudad, Parece que el ilustrado Lugareño tiene noticias de dicho cementerio”.

El 6 de Enero de 1848 el Sr. Anastasio Orozco dice en una carta: “En el sitio del Caney, en la costa Sur de esta jurisdicción, se halla un promontorio: se conoce ser hecho de mucha antigüedad con las arenas de la playa en la cual es evi-

dente que se enterraban los antiguos indios del país que habitaban por ese lado de la costa; porque por poco que se remueva la arena, se encuentran las osamentas de los cadáveres que han sido allí enterrados”.

No se encontrará, dice A. Bachiller y Morales,¹⁶ quien no haya oído hablar en Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, de los depósitos de osamentas, cadáveres en cuevas, y caneyes de los muertos que la tradición enlaza con los indios.

De antiguo, dice R. Ferrer, llaman por esta jurisdicción (Camagüey) *caneyes* a varios montecillos pequeños y circulares, que se elevan sobre el plano de las tierras de varias haciendas de crianza de la costa Sur, y en donde se viene diciendo por tradición, que existían por estos parajes los antiguos indígenas. En los caneyes que están en tierra firme, si bien se han encontrado huesos, pedazos de burenes, y otros objetos de fecha más moderna no ha habido alguno de los que aquí tomamos...

Por esa época, pues, (1848) cuantos se daban por entendidos por aquella parte de la isla en antigüedades e historia, todos repetían que esos puntos eran los antiguos enterrorios de los indios que habitaban sus costas.

El 18 de Octubre de 1914, ya sobre el terreno y teniendo en cuenta el gran destrozo observado en la sepultura, decidí como único medio de estudiarla metódicamente, practicar de Oeste a Este un corte de un metro de ancho, que partiendo del terreno firme como base, comprendía todo el espesor de la lomita, presentando así unas secciones verticales que se prestaban admirablemente a un examen minucioso. Abrí otro corte igual de N. a S. y pude con mucha facilidad: 1- Medir exactamente el área del caney: 27 metros de N. a S. y 37 metros de Este a Oeste, lo que da una forma ligeramente elíptica.

La altura del túmulo en la parte más prominente alcanza un metro cincuenta centímetros más o menos. 2- Estudiar y conocer bien la constitución geológica de la lomita que se compone de arriba debajo de seis capas:

- 1- Capa de tierra vegetal.
- 2- Capa de caracoles.
- 3- Capa de tierra negra, tenue, pulverulenta.
- 4- Capa de caracoles (ampularia).

¹⁵ Locc. Citat.

¹⁶ Cuba Primitiva.

5- Capa de tierra negra.

6- En fin, una capa de caracoles que descansa sobre el piso firme, compuesto de una arcilla amarilla ferrosa o ferruginosa, que constituye el piso normal del Cayo de Guayabo Blanco.

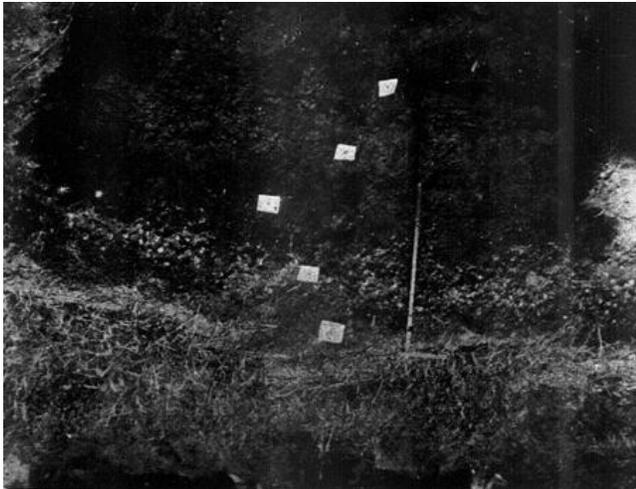


FIG. 6. Capas que forman el Mound de “Guayabo Blanco”

¿Que se trata de un túmulo? ¿Quién podría dudarle? La presencia de esos elementos llevados allí indican la edificación de un montículo artificial o túmulo funerario.

Además, su existencia es buscada, preconcebida; y debía resultar de una costumbre funeraria; pues no hubiera sido difícil encontrar en el suelo vecino los materiales para la fabricación de ese terraplén. Desde ese momento, ya podíamos afirmar que el mound de Guayabo Blanco está formado de capas artificiales intencionalmente superpuestas, y obra, por consiguiente, humana, y que sería de sepultura, puesto que hemos podido por medio de las secciones verticales determinar el yacimiento exacto de los restos humanos y su orientación. Todos los cadáveres de hombres, mujeres y niños están orientados del mismo modo, de O. a E. con la cabeza dirigida al Oriente; unas veces acostados de lado, otras veces tendidos boca abajo, las menos boca arriba; pero todos descansan siempre sobre la capa de caracoles media. Y nos ha parecido, pero esta impresión debe ser apoyada en estudios repetidos de nuevos mounds, que los adultos predominana al Norte, los niños al Oeste, las mujeres más bien en el centro mismo del lometón.

Del mismo modo hemos podido fijar el lugar cierto de varios objetos de piedra o de concha y también situar la gran cantidad de osamentas de roedores, de tortugas, de aves, de peces, de serpientes, etc., mezclados con conchas y caracoles fluviales terrestres y marítimos. Piedras y osamentas de animales abundan sobre todo en las capas inferiores.

Resumiendo todo lo que acabamos de decir, nos encontramos en presencia de una sepultura colectiva en forma de túmulo formado por capas superpuestas de tierra negra, tenue y pulverulenta, y de caracoles llevados allí, capas que contienen restos humanos, osamentas de animales y objetos de piedra.

¿Quién, desde ahora, podrá negar que se trata de un mound parecido, completamente parecido a los que hemos descrito hace un momento en la América del Norte, en la Luisiana, en Venezuela?

Pero analicemos rápidamente su contenido. En el Caney de Cuba no se encuentra ningún objeto de metal, ninguna pieza pulimentada, ningún fragmento de barro, siquiera grosero: únicamente hallamos algunas piedras, -cantos rodados del río o piedras groseras que han servido de martillos (percutidores) los más de piedra dura. Algunos (relativamente numerosos) de forma esférica, pertenecen a una piedra blanda que ha adquirido esta forma en las mismas condiciones, y del mismo modo indicadas por el Dr. Marcano en los mounds de Venezuela. Al lado de los percutidores encontramos piedras de forma triangular, fragmentos de sílex, que pueden haber servido como puntas de flecha; varios objetos de piedra o de concha, que han podido ser utilizados como bruñidores, raspadores, pilones, cucharas, otros, en fin, de forma indefinida o de uso desconocido, peor que, seguramente, han podido en un momento dado ser utilizados.

Para hombres tan hábiles como fueron nuestros antecesores prehistóricos, debía ser cosa fácil fabricar una punta de flecha grosera, o una astilla de sílex; y, sin embargo, los esqueletos de nuestra sepultura no son acompañados sino de objetos de forma grosera. Pero no hay que olvidarlo, si como es probable, estos pobres instrumentos han servido realmente para triturar, cortar, raspar, no hay que creer y pensar que constituyeron de por sí toda la herramienta. La industria debía ser com-

pletada por varios objetos de piel y de madera, por lo menos, que el tiempo no ha conservado.

De cualquier modo que sea, la pobreza industrial del caney indica que poca avanzada era la cultura de esos hombres que recuerdan los habitantes de los *Kjoekkenmoeddings*. Al lado de los objetos de piedra hemos citado los moluscos fluviales, terrestres y marítimos representados aquí por *Ampularia*, *Cassis*, *Ciprea*, *Triton*, *Stronbus gigas* (cobo guamo) *Sipreas* (*devona pica*), etcétera.



FIG. 7. Excavaciones en el Mound de “Guayabo Blanco”

En fin, hemos encontrado dos o tres veces mezclados con los objetos de piedra, y osamentas ya mencionadas, unas masas de arcilla bastante voluminosas, coloreadas y endurecidas, y nos hemos preguntado si no se trataría de lo que se ha

convenido en llamar *altares*, cuyo nombre se ha dado a piedras llanas, o masas de arcilla endurecidas al fuego, colocadas en el suelo y sobre las cuales los fieles depositan sus ofrendas.

Digamos, en fin, que la presencia en la sepultura cubana de todos esos objetos variados de piedra, es tanto más importante de notar cuanto que la piedra o las piedras faltan por completo en toda la extensión del cayo de “Guayabo Blanco”; teniendo en cuenta, por otra parte, que el río más próximo, el Hanabana, se encuentra a cerca de tres leguas, y que el caney dista de siete a ocho leguas de la orilla del mar, en la costa Sur.

En cuanto a las osamentas de animales mezclados en la sepultura cubana, con piedras, conchas y huesos humanos, no puedo menos que referirme al estudio concienzudo que de ellas se prestó a hacer el joven y notable profesor, Conservador en el National Museum de Washington, de la Sección de los Mamíferos, Sr. Gerrit S. Miller, que tuvo el honor y la buena fortuna de tratar durante el Congreso de Americanistas (1915-16) y con el cual me ligan sentimientos sinceros de gratitud.

Copio literalmente su nota:

“The following species are represented:

Mammals

- Capromys pilarides.
- Capromys sp. probably prehensilis.
- Capromys sp. probably melanurus.
- Boromys offela.

Birds

- Grus Mexicana nesiotés.

Reptiles

- Pseudemys palustris.

Land Shells

- Ampularia fasciata.

Crab

- Fragment that cannot be identified”¹⁷.

Llegados hasta aquí, no dudamos que el lector tenga la convicción que todo lo que acabamos de decir se refiere a una obra humana, y particularmente, a una obra *india*.

¹⁷ El Profesor Gerrit S. Miller termina su nota con esta frase: “I have found this lot of bones very interesting, and I wish to thank you for the pleasure I have had in studying them”.

¿Qué falta por transformar la convicción en certeza?

Estudiemos los restos humanos entre los cuales hemos tenido la buena fortuna de recoger un *cráneo completo*, y fragmentos de varios cráneos, lo que nos permite deducir el índice cefálico, es decir, la forma de la cabeza; huesos largos *completos* (muy pocos), lo que nos permite determinar la talla; huesos largos incompletos, pero preciosos por ofrecer ciertas anomalías de forma que recuerdan, lo que sabemos ya de los huesos hallados en los Mounds Americanos; fémur en columna tibia platicnémica; húmero perforado...

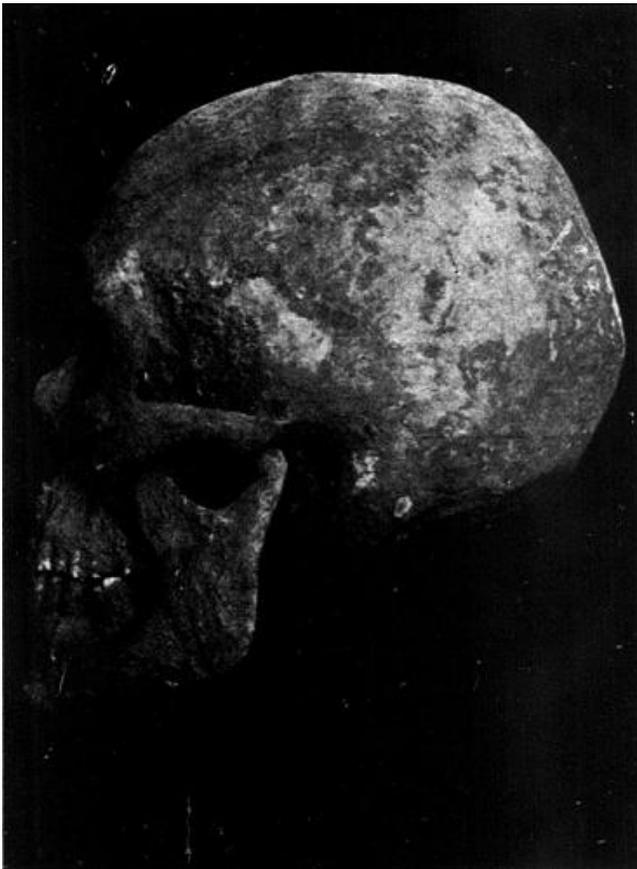


FIG. 8. Cráneo orientado del Indio de Zapata

He aquí las medidas craneométricas del *Indio de la Ciénaga de Zapata*:

CRANEO

Capacidad craneana: 1382 c.c.
Proyección anterior: 103 m.m.
Id. Posterior: 94 m.m.

Diámetros

Antero post. Máximo: 170 m.m.
Transverso máximo: 138 m.m.
Bitemporal: 132 m.m.
Biauricular: 120 m.m.
Bimastoideo: 124 m.m.
Frontal Máximo: 114 m.m.
Frontal Mínimo: 98 m.m.
Vertical Basilo-bcgm: 132 m.m.
Vertical Máximo: 136 m.m.

Curvas

Antero posterior

Frontal: Cerebral: 105 m.m.
S. cerebral: 20 m.m.
Total: 125 m.m.
Parietal: 120 m.m.
Occipital: Superior: 75 m.m.
Inferior: 45 m.m.
Total: 120 m.m.
Total: Cerebral: 325 m.m.
Cerebral y Cerebeloso: 365 m.m.

Transversal

Superior: 310 m.m.
Inferior: 120 m.m.
Total: 430 m.m.

Horizontal

Anterior: 272 m.m.
Posterior: 240 m.m.
Total: 512 m.m.

Agujero occipital

Largo: 35 m.m.
Ancho: 28 m.m.

Línea nasio basilar: 90 m.m.

Circunferencia media total: 490 m.m.

Ángulo mandibular: 117 m.m.

CARA GRANDE

Diam. bi-orb. Externo: 106 m.m.

Interno: 95 m.m.

Distancia Interorbitaria: 29 m.m.

De los dos pómulos: 98 m.m.

Diámetros Bi malar: 95 m.m.

Bi cimático: 132 m.m.

Bi maxilar mayor: 59 m.m.

Orbitas Ancho: 37 m.m.

Alto: 34 m.m.

Nariz Ancho máximo: 22 m.m.
 Largo: 54 m.m.
 Altura sub. cerebral de la frente: 10 m.m.
 Altura del intermaxilar: 18 m.m.
 Altura total de la cara: 68 m.m.
 Altura del pómulo: 25 m.m.
 Altura órbita-alveolar: 45 m.m.
 Distancia mastoideo sub-auricular: 39 m.m.
 Distancia Auriculo jugal: 64 m.m.
 Auriculo orbit. aur.: 66 m.m.
 Bóveda palatina Largo: 41 m.m.
 Ancho: 37 m.m.
 Distancia de la espina posterior al agujero occipital: 34 m.m.
 Maxilar inferior: Distancia inter angular: 101 m.m.
 Rama vertical Ancho: 43 m.m.
 Alto: 55 m.m.
 Altura Sinfisiana: 35 m.m.
 Altura al 2° molar: 76 m.m.
 Espesor a la sínfisis: 13 m.m.
 Espesor al 2° molar: 14 m.m.

ÍNDICES

Índice cúbico: 1382 c.c.
 Peso probable del encéfalo: 1202.3 c.c.
 Índice cefálico: 81.1 c.c.
 Índice vertical alto: 77.6 c.c.
 Índice del agujero occipital: 80 c.c.
 Índice facial superior Naso alveolar: 51.5 c.c.
 Orio alveolar: 53.8 c.c.
 Índice orbitario: 91.8 c.c.
 Índice nasal: 40.7 c.c.

Podemos, pues, en nombre de la Antropología, declarar que la fisonomía general del cráneo orientado, su forma (hipsi-sub-braquicéfalo) el aspecto, el gran desarrollo de la sínfisis del maxilar inferior, los diferentes índices de la cara; por otra parte, la conformación especial de los huesos, sus anomalías ya citadas; y tantos otros rasgos anatómicos; nos permiten colocar de lleno en el tipo de las razas mixtas americanas, *los esqueletos del mound funerario del Cayo Guayabo Blanco*.

¿Qué antigüedad se puede atribuir a nuestro Mound Cubano?

Es la misma pregunta que hace el señor H. Benchat en presencia de los Mounds de la América del Norte; y él agrega:

“La cuestión es difícilísima de resolver; ningún dato geológico puede servir a fijar una fecha; los datos antropológicos o tecnológico tampoco pueden suministrar, a este respecto, ninguna indicación precisa...”

Ningún indicio, pues, natural permite fechar los Mounds, ni su posición sobre los bordes aluviales de los ríos, ni las yerbas que invaden su superficie; ni los instrumentos que contienen y que por lo general se encuentran en un estado excelente de conservación.

En Cuba, dice Rodríguez Ferrer, “el arqueólogo no encuentra sino el segundo período de los tiempos prehistóricos; pues aquí no se ha encontrado hasta el presente la etapa de la primera serie de los objetos de un *desvaste rudo*, sino la que ya ofrecen la perfección de un progreso posterior”.

Pues bien, en nuestro caso particular sí; la prudencia más elemental prohíbe al antropólogo fijar una fecha (pues sabemos que es imposible datar un cráneo sólo por sus caracteres anatómicos) el estado del caney de Guayabo Blanco autoriza al arqueólogo para afirmar que el *Indio de la Ciénaga de Zapata*, es muy viejo, más viejo que sus congéneres los Mounds Builders Americanos.

Tales son los datos que poseemos sobre la primera sepultura india cubana, estudiada a la luz de las ciencias antropológicas modernas. Desde hoy podemos afirmar que ese pasado ayer todavía sin límites y absolutamente desconocido, principia a entreverse; y eso solo, debe sostenernos y alentarnos en la vía emprendida.

Al termina su obra Rodríguez Ferrer dice:

... “yo enseño el camino, y otros deben reconocer y estudiar lo que sólo visitar puede...”

A nuestra vez nosotros agregamos: Hemos sido los operarios de la primera hora; a los que nos sigan les toca completar la obra que sólo hemos podido esbozar. ¡Ojalá siga siendo, para nuestros sucesores lo que para nosotros fué siempre único guía, el amor a la verdad!